



SALA DE JUSTICIA EN LA ALHAMBRA.

Aunque el SEMANARIO ha consagrado ya mas de una vez sus páginas á describir y consignar algunas de las maravillas de este precioso monumento, aun ofrece asuntos abundantes para nuestros grabados; nos proponemos volver nuevamente sobre la Alhambra, y sin reproducir descripciones prolijas que el lector conoce ya, continuar la serie de vistas de la joya de Granada.

El primero de los que hoy ofrecemos representa la sala de justicia; los dos siguientes son copias de las pinturas del techo de la misma sala.

UN CRONICON DEL SIGLO IX.

Al presentar á los lectores del SEMANARIO el curioso monumento de nuestra antigua historia, que á continuación insertamos, traducido por primera vez al castellano, nos vemos embarazadísimo para darle un epigrafe que pueda convenirle, y mas aun para señalar el autor á quien le debemos. El obispo de Oviedo, D. Pelayo, que vivió en el siglo XII, Florian de Ocampo, Ambrosio de Morales y fray Prudencio de Sandoval, todos escritores eruditos, lo atribuyen á un obispo de Salamanca llamado Sebastian, que consta vivía retirado en Asturias á fines del siglo IX. En cambio, Mariana, Pellicer, Mondéjar, Pagi, Loaysa, Berganza, Ferreras y otros muchos de no menor nombradía que los primeros, dicen fué escrito el cronicon de que nos ocupamos por el último rey de Oviedo, Alfonso III, llamado el Magno, por lo que las primeras ediciones latinas que de él se han hecho fueron con este nombre. Las razones con que los últimos sustentan su opinion son principalmente, el exordio donde habla el rey Alfonso y dirige la crónica al obispo; el párrafo referente al rey Rodrigo, donde el autor dice que repobló la ciudad de Viseo; y finalmente, la poca fé que merece el obispo D. Pelayo de Oviedo, primero que señaló por autor de este escrito al de Salamanca, Sebastian, por su arrojé y osadía en falsificar los antiguos instrumentos y el texto de respetables escritores, lo que hizo que algunos le apellidaran el *corruptor de la historia de España*. En contra oponen algunos, que es muy extraño que un rey escribiese historia y la dedicase á un obispo; que en aquel no puede suponerse la instruccion suficiente para hacerlo (1), por haber subido al

trono muy niño y estar siempre ocupado en las guerras y en árrastrar las discordias civiles: que el referido exordio está adulterado en las copias, pues se compone de parte de una carta en que el rey avisaba haber visto el cronicon, y parte del exordio verdadero del que escribió por orden suya; y por último, que la poblacion de Viseo bien pudo llevarla á cabo el obispo Sebastian por disposicion del rey. Nuestra humilde opinion es, que esta muy curiosa crónica se debe efectivamente á la pluma de Alfonso el Magno, y que quiso dedicársela al obispo de Sajamanca, en muestra de afeccion ó de agradecimiento, por la ayuda que aquel tal vez le prestara para redactarla. Como quiera, está fuera de duda que se escribió en Asturias, en el reinado del renombrado príncipe, y por los últimos años del siglo IX; que es uno de los instrumentos mas necesarios para conocer aquel período de nuestra historia, tan interesante como oscuro, y que merece tanto crédito como el cronicon denominado *Albedense*, que data de la misma época. Comprende la relacion de todos los sucesos mas notables acaecidos en España desde la muerte de Recesvinto, en 672, hasta la de Ordoño I en 806. Desde aquí continuó la crónica un obispo de Astorga llamado *Sampiro*, cuyo apreciable trabajo histórico, no menos interesante que los que le precedieron, publicaremos en su día. Solo nos resta añadir que la version está hecha de la edicion del maestro Florez, la mas esmerada y completa de cuantas vieron la luz pública, y que del mismo modo que otras veces que nos hemos ocupado en trabajos semejantes, hemos conservado, en cuanto nos fué posible, la originalidad y rudo lenguaje del antiguo y poético historiador que nos legó tan notable y preciosa escritura.

NICOLÁS CASTOR DE CAUNEDO,

Oviedo, abril de 1854.

EN NOMBRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO COMENZA LA CRÓNICA DE LOS VISIGODOS, RECOPIADA DESDE EL TIEMPO DE WAMBANO, REY, HASTA EL TIEMPO DEL GLORIOSO GARSEANO, REY, HIJO DE ALFONSO (1).

1.—Alfonso, Rey, á nuestro Sebastiano, obispo Salmaticense, salud. Séate conocido de la historia de los godos lo que te hacemos saber por medio del presbítero *Dulcidio*, y lo que no se habia escrito por negligencia de los antiguos, que lo escondieron en el silencio. Y ya que Isidoro, obispo de la sede hispalense, escribió cumplidamente la

(1) No podemos aceptar esta asercion que hace el maestro Florez en el tomo XIII de la *España Sagrada*. Entre otros testimonios que pudieramos mostrar de la creacion de Alfonso el Magno, solo repetimos las palabras que el monje de Albalade, escritor contemporáneo, escribió en el número 62 de su cronica. hablando de este rey: «fira de alto estabroz, de contos agradable e muy instruido en las ciencias.»

(2) Este epigrafe fue sin duda tomado por una mano distinta que la del autor, por el epigrafe no termina en el reinado de Alfonso el Magno, como asegura, sino en el de su padre Ordoño.

crónica de los godos, hasta los tiempos del glorioso rey Wambano (1) nosotros le enseñaremos con brevedad desde este tiempo, todo lo que conozcamos sea verdadero, tal cual lo recibimos de los antiguos y de nuestros profesores.

WAMBA.

3.—Habiendo salido Recesvindo, rey de los godos, de la ciudad de Toledo, llegó á una villa de su propiedad, que tenía por nombre *Garcicos*, que está en el monte *Caura*, y en ella falleció naturalmente. Apenas muerto el rey y sepultado en el mismo lugar, todos eligieron para sucederle á Wamba, en la era DCCX. Rehusó el reino; pero al fin, aunque con repugnancia, hubo de aceptarlo, porque así lo pedía el ejército, y desde luego se trasladó á Toledo, en cuya iglesia metropolitana de Santa María, fué ungido por rey. En aquella hora, todos los que estaban presentes vieron una abeja que salía de su cabeza y volaba al cielo, señal que hizo Dios para anunciar futuras victorias, como después se comprobó con los hechos.—A los astures y vascones que de continuo se rebelaban, les dominó y subyugó á su imperio. Los ciudadanos de la provincia de las Galias se conjuraron y se trajeron al reino de los godos y de los francos. Wambano, con el fin de recobrar su dominación en estas provincias, eligió á Páulo por duque, el que con el ejército que acaudillaba, lejos de cumplir con la misión que se le había confiado, se rebeló contra la patria y se hizo el príncipe de aquellos tiranos malvados.—Mas si quieres conocer más cumplidamente cuántas muertes se ejecutaron, cuántas ciudades fueron entregadas á las llamas, cuántos estragos tuvieron lugar, cuántos ejércitos galos y francos destruyó Wambano, cuántas famosas victorias alcanzó, qué de ruinas quedaron como muestras de la tiranía de Paulo, lee el beato metropolitano Juliano, que escribió con talidud la historia de estos tiempos.

4.—En aquella época llegaron á las riberas de Hispania doscientas setenta naves de los sarracenos; mas allí mismo fueron estas naves con el filo de la espada, y aquellas destruidas con el fuego. Y para darte una noticia exacta de la causa de la entrada de los sarracenos en Hispania, espandremos aquí el origen del rey Ervigio.—En tiempos del rey Chindasvinto fué desterrado por el emperador un cierto hombre llamado Ardabasto, el que desde Grecia vino peregrinando á Hispania, donde recibido honoríficamente por Chindasvinto, se desposó con una prima de este, de la que nació Ervigio. Este Ervigio, educado entre las intrigas del palacio y sublimado al honor de conde, comenzó desde luego á conspirar contra el rey, hasta el punto de suministrarle una yerba, llamada *esparta*, con la que le hizo perder instantáneamente el conocimiento. Visto esto por el obispo de la ciudad y los optimantes del palacio, que permanecían fieles al rey, los que no conocían los efectos de la ponzoña, viéndole que yacía privado de sentido, movidos de piedad, y para evitar que el rey no muriese conforme á la costumbre, le vistieron en el momento el hábito de los penitentes. Recobrado el rey y viéndose de aquella manera, se retiró al monasterio de Pampliega, donde profesó la vida religiosa y murió. Reingó nueve años, un mes y catorce dias, y en el monasterio vivió siete años y tres meses, y falleció en paz y naturalmente, en la era DCCXXIX.

ERVIGIO.

4.—Después de Wambano, Ervigio obtuvo el reino de que se había apoderado con ardor: corrompió las leyes instituidas por Wambano, y promulgó otras en su nombre, y aparentando moderación, dió en matrimonio su hija Clotona á Elicano, distinguido varón y pariente de Wambano. El ya dicho Ervigio murió naturalmente en Toledo, en la era DCCXXV.

ELICA.

5.—Muerto Ervigio, el ya dicho Elica fué elegido para el reino, y se mostró en él muy sabio y sufrido. Reunió concilios con frecuencia, de los que son una muestra evidente los cánones que tenemos. Sujetó á los rebeldes que se habían levantado contra su reino, y dió tres batallas á los francos que invadieron las Galias; pero no alcanzó ningún triunfo. Asoció en el reino á su hijo Witizano, al que usó de habitar en la ciudad Tudense (2), provincia de Galicia, y en tanto que el padre poseía el reino de los godos, el hijo tenía el de los suevos. Antes de la elección del hijo reinó diez años; con el hijo cinco completos. Murió naturalmente en el mismo Toledo, y allí fué sepultado.

Era DCCXXXVIII.

(1) Como aquí el autor un notable anacronismo; pues si bien es cierto que San Isidoro, arzobispo de Sevilla, escribió la historia de los godos, no era posible llegar en ella á los tiempos de Wamba, pues murió 36 años antes que reinase este príncipe.

(2) Hoy conocerramos los nombres propios tal cual los escribe el cronista, y en las mismas ortografías que el poeta usó.

WITIZA.

6.—Después de la muerte de Elicano, Witiza fué ensalzado al solio de su padre en Toledo. Fué de costumbres malvadas y perversas, y cual un calafó á un mulo sin reflexión, se entregó al vicio con muchas mujeres y concubinas, menospreciando las censuras eclesiásticas. Disolvió los concilios, cayeron en inobservancia los cánones (destruyó todas las costumbres religiosas) y autorizó á los obispos, presbíteros y diáconos para que se casasen. Tales impiedades fueron la causa de la pérdida de Hispania: porque los reyes y sacerdotes, olvidando la ley del Señor, trajeron sobre sí el esterminio de la guerra, por medio de los sarracenos. Después de reinar diez años, murió naturalmente en Toledo, y allí fué sepultado. Era DCCXLVIII.

RUDERICO.

7.—Muerto Witizano, quedó elegido Ruderico por rey de los godos. Este llevó sobre sí los pecados y excesos de Witizano, y no solo no los estorbó con el celo de su justicia, sino que los aumentó. Los hijos de Witizano, poseídos de envidia, porque Ruderico había ocupado el trono de su padre, enviaron astutamente emisarios al Africa, pidiendo auxilios á los sarracenos, y para proporcionarles naves, con las que los introdujerón en Hispania. Mas estos que fraguaron la ruina de su patria, fueron justamente muertos con la espada de los sarracenos. Noticioso Ruderico de la entrada de estos, salió á combatirlos con todo el ejército de los godos. Mas la escritura dice: *En vano corre aquel á quien precede la iniquidad*: así, oprimidos por los pecados de los sacerdotes y los suyos propios, y engañados por los hijos de Witizano, huyeron todos los godos y fueron pasados á cuchillo. No es conocida la causa de la muerte del rey Ruderico: en nuestros tiempos cuando repoblamos la ciudad de Viso y sus cercanías, se encontró en cierta basilica un monumento en que estaba escrito un epitafio que dice:

Aquí descansa Ruderico, rey de los godos.

PELAGIO.

8.—Largos años gimló en la opresión la patria de los árabes, y estos hubieron de pagar sus tributos por medio de sus caudillos al rey de Babilonia, hasta tanto que se eligieron un rey y afirmaron su trono en Córdoba, ciudad patria. Los godos supumbieron, unos al filo de la espada y otros á los impulsos del hambre. Sin embargo, algunos de regia estirpe se salvaron, dirigiéndose á Franciam, y otros, la mayor parte, penetraron en el país de los astures, y eligieron por su príncipe á Pelagio, hijo del duque Fallitao y de sangre real. Mas tan luego tuvieron de esta noticia los sarracenos, enviaron á Asturias un ejército innumerable, bajo el mando del duque Alkamao, que invadiera á España con Tarech, y de Oppano, obispo metropolitano de la sede hispalense, hijo del rey Witizano, por cuya traición parecieran los godos.

9.—Instruido Pelagio de su venida, se refugió en una caverna del monte Auseba, que tiene por nombre *cueva de Santa María*; en el instante vió rodeado del ejército, y acercándosele el obispo Oppá, le habló así: «No puedes ignorar, hermano, de qué modo se constituyó toda la España bajo el dominio de los godos, y si reunido todo su ejército no alcanzó á resistir el impetu de los ismaelitas, ¿cómo podrás tú solo defenderle en esta cueva? Escucha mis consejos y desiste de tu empeño, para que consigas muchos bienes, y en la paz que te concedan los árabes, logres gozar de los tuyos.» A esto dijo Pelagio: «Ni tendré amistad con los árabes, ni me sujetaré á su imperio; tú no sabes que la Iglesia del Señor se compara á la luna, que aunque disminuye su forma, recobra al punto su primitiva grandeza.» Tenemos confianza en la misericordia de Dios, que hará salir de este montecillo que tienes á la vista, la salud de Hispania y la restauración del ejército de los godos, para que se cumplan en nosotros aquellas palabras del profeta: *Con la vara castigaré sus iniquidades, y con los azotes sus pecados, mas no apartaré de ellos mi misericordia.* Así, aunque por hacer méritos, acatamos de esta sentencia el sentido mas severo; esperámos en la misericordia del Señor la restauración de su iglesia y de su pueblo y la ventura del reino; por lo que despreciamos esta muchedumbre de paganos y jamás nos mezclaremos con ellos.»

10.—Entonces, el nefando obispo, volviéndose á su ejército, dijo: «Apresuraos y pelead, porque jamás tendréis con él alianza, hasta que le castigues con la espada.» Apréstanse entonces los máquinas de guerra, prepáranse las hondas, resplandecen las espadas, empuñanse las lanzas y disparanse saetas sin cesar; mas entonces no faltaron las grandes señales del Señor, pues como los banderos arrojaban piedras contra la casa de la Santa y siempre Virgen María, se volvian con violencia contra ellos, y despedazaban á los caldeos, porque el Señor no cuenta el número de lanzas, y concede á quien quiere la palma de la victoria. Salieron los fieles á pelear fuera de la cueva; y en el instante huyeron los caldeos divididos en dos trozos; el obispo Oppá fué preso, y Alkamao muerto: en el mismo lugar parecieron tau-

hien 124,000 cáldeos (1), los 65,000 que restaban treparon á la cumbre del monte Anseba y bajaron precipitadamente por la rápida declive del monte que communmente se llama *Amosa*, y se dirigieron al territorio de los liebaneses. Mas no lograron escapar á la venganza del Señor, porque caminando por la cima del monte que está situado sobre la orilla del río Dieba, cerca del campo llamado *Casagadis*, se cumplieron evidentemente los altos juicios de Dios, pues el mismo monte, conmoviéndose en sus cimientos, arrojó al río con grande estruendo á los 65,000 cáldeos y quedaron todos sepultados: aun en el día de hoy, cuando el mismo río, en tiempo de invierno, llena su cauce y desbaza sus riberas, se manifiesta evidentiamente pedázos de armas y los huesos de aquellos. No juzguéis este milagro como inútil ó fabuloso, y recordad que aquel que sumergió en el mar Rojo á los egipcios que perseguían á Israel, es el mismo que sepultó bajo la inmensa mole de la montaña á los árabes que perseguían la Iglesia del Señor.

11.—Por este mismo tiempo había en esta región de Asturias, en la ciudad de Gijón, un propósito (2) de los cáldeos, que tenía por nombre *Munua*, que fué uno de los cuatro capitanes que primero invadieron las Hispanias. Tan luego llegó á saber la matanza del ejército, abandonó la ciudad y se puso en fuga, mas persiguiéndole los astures, le alcanzaron en el lugar *Oialense* (3) y le acuchillaron con todo su ejército, de tal manera, que ni uno solo de los cáldeos quedó aqueñando de los puertos del Pirineo. Entonces se reúnen las huestes de los fieles, se reedifican los pueblos, se restauran las iglesias, y todos reunidos dan gracias al Altísimo, diciendo: «Sea bendito el nombre del Señor, que conforta á los que creen en él, y aniquila á los réprobos.» Pelágo, después de diez y nueve años de reinado, murió naturalmente, y fué sepultado con su esposa la reina *Gaudiosa* en el territorio de *Canicas* (4), iglesia de Santa Eulalia de Velano. Era DCCLXXV.

FAPILA.

12.—Su hijo *Fapila* sucedió en el reino, y con motivo del poco tiempo que la poseyó, nada hizo digno de la historia. El año segundo de su reinado fué muerto por un oso, que indiscretamente había provocado, y sepultado con su esposa la reina *Froleba*, en territorio de *Canicas*, en la iglesia de Santa Cruz, que él había construido. Era DCCLXXVII.

ADEFONSO.

13.—Después de *Fapilano* sucedió en el reino *Adefonso*, varón de gran virtud, hijo del duque *Pedro* y de la sangre de los reyes *Leovigildo* y *Reccaredo*. En tiempo de *Ejica* y *Witiza* fué príncipe de la milicia, y con el auxilio de la divina gracia recibió el cetro. Logró humillar muchas veces la soberbia de los árabes. Lo que sigue prueba de cuánta gracia y virtud estaba adornado. En unión con su hermano *Froila* causó muchos daños á los sarracenos, y rescató multitud de ciudades que gemían bajo su yugo, como *Lucum*, *Tudea*, *Portucallem*, *Bracaram Metropolitanam*, *Videm*, *Flavia Agalam*, *Letesmam*, *Salamanticam*, *Zamoram*, *Abejam*, *Seobiam*, *Astoricam*, *Legionem*, *Baldaniam*, *Mabe*, *Amajem*, *Septemacram*, *Ancam*, *Velegiam*, *Alabesem*, *Mirandam*, *Rebenderam*, *Carbonariam*, *Alesanco*, *Oxnam*, *Cluniam*, *Argantiam*, *Septempubliam* (5), y las fortalezas y castas de campo, dando muerte á los árabes que las ocupaban, y restituyendo á los cristianos á su patria.

14.—Entonces se poblaron *Primerias*, *Lebans*, *Transmers*, *Supporta*, *Carranza*, *Bardafia*, que ahora llamamos *Castella*, y las partes marítimas de *Gañcia* y *Burgi* (6), *Alava* y *Vizcaya*, *Alaona* y *Urkunia*, las poseyó siempre, hasta *Pamplona* y *Bernaia*. El ya sobredicho *Adefonso* fué siempre magnánimo, y nunca olvidó á Dios y su iglesia, y su vida fué llena de mérito. Construyó muchas basílicas y otras restauró. Reinó 18 años. Vivió feliz y murió en paz. Fué sepultado con su mujer la reina *Ermsinda* en territorio de *Canicas*, en el monasterio de Santa María.

15.—No podemos menos de mencionar aquí el estupendo milagro que ciertamente aconteció entonces, pues en el momento que espiró, y durante el silencio de una muy tranquila noche, estando los palaciegos con la mayor vigilancia custodiando el cadáver, se oyó de repente en los aires, por todos los alrededores, voces de ángeles, que contaban: *Ved aquí cómo es ensalzado el varón justo, y nadie para*

en ello la consideracion: y los varones justos son enaltecidos, y no se convulsionen los corazones: el justo es llevado por apartarle de la iniquidad, y para encontrar paz y ventura en su sepulcro. No dudeis que cuanto se acaba de decir es la verdad, sin mezcla de fábulas, pues de otro modo mas bien guardaría silencio que atreverme á divulgar una mentira. Era DCCXCV.

FROILA.

16.—Muerto *Adefonso* le sucedió en el reino su hijo *Froila*. Bravo fué y denodado en las armas, y alcanzó muchas victorias sobre las huestes *Cordobesas*. En el lugar llamado *Postumio*, en la provincia de *Gallecia*, peleó con los cáldeos, y quedaron muertos hasta 54,000; su caudillo, que era muy joven, llamado *Naumar*, hijo de *Abderaman-Iben-Hiscam*, cautivado en aquel sitio, fué muerto con el acero. Rebeláronse contra el rey los vascones; pero fueron vencidos y avasallados. Habiéndose traido del país de aquellos una jovenzuela llamada *Monia*, la tomó por esposa, y tuvo en ella á su hijo *Adefonso*. Habiéndose levantado tambien los pueblos de *Gallecia*, taló esta provincia. En fin, mató con sus propias manos á su hermano, llamado *Vimarano*, y al poco tiempo, aplicándole justamente la ley del talion, le dieron muerte los suyos. Reinó once años y tres meses, y fué sepultado con su esposa *Monia* en *Oveto*. Era de DCCCVI.

AURELIO.

17.—Después de *Froilano*, *Aurelio*, su primo en primer grado (hijo de *Froilano*, hermano de *Adefonso*), sucedió en el reino; en su tiempo los *libertinos* (1) tomaron las armas contra sus propios señores, y ejercieron la tiranía: el príncipe logró con su destreza sujetarlos, y reducidos á su primera servidumbre. Ningun otro hecho notable aconteció, pues tuvo paz con los árabes. Reinó seis años, y en el sétimo murió pacíficamente, y fué sepultado en la iglesia de *San Martín obispo*, en el valle de *Lagney*. Era de DCCCXII.

SILON.

18.—Después que murió *Aurelio* sucedió *Silon* en el reino, el que estaba desposado con *Adosinda*, hija del príncipe *Adefonso*. Tuvo paz con los ismaelitas. Habiéndose rebelado contra él los gallegos en el monte *Ciperio*, los avasalló y sujetó á su dominio. Reinó nueve años, y al décimo acabó su vida, y fué sepultado con su esposa la reina *Adosinda*, en *Pravia*, en la iglesia de *San Juan apóstol* y evangelista. Era DCCCXXI.

MAURECATO.

19.—Muerto *Silon*, la reina *Adosinda*, en unión con los señores del palacio, sentó en el trono paterno á *Adefonso*, hijo de su hermano el rey *Froilano*; pero *Maurecato* su tío, hijo de *Adefonso* el mayor, aunque nacido de una sierva, le arrojó del solio con ardid, y le obligó á buscar un asilo con los parientes de su madre en *Alava*. *Maurecato* poseyó por seis años el reino que había usurpado con engaño. Murió naturalmente y fué sepultado en la iglesia de *San Juan apóstol* en *Pravia*. Era DCCCXXVI.

VEREMUNDO.

20.—Muerto *Maurecato*, fué elegido para reinar *Veremundo*, sobrino de *Adefonso* el mayor é hijo de su hermano *Froilano*. Fué *Veremundo* un varón magnánimo: reinó tres años, y recordando los deberes que le imponía el orden de diadema, de que estaba revestido, renunció voluntariamente el reino (dejando muy niños á sus hijos *Ranairo* y *García*), y nombró por sucesor á su sobrino *Adefonso*, que *Maurecato* había espulsado del reino, en la era DCCCXXIX, y con el cual vivió muchos años con la mejor amistad. Vivió y murió en paz.

ADEFONSO EL CASTO.

21.—En el año tercero de su reinado, invadió á Asturias un ejército de árabes, mandado por un caudillo que tenía por nombre *Mokhut*, que en el lugar llamado *Lutos*, donde le salió al encuentro el rey *Adefonso*, fué pasado á cuchillo con cerca de setenta mil hombres. Este rey fué el primero que lijó su trono en *Oveto*. Construyó de admirable fábrica la Basílica que lleva el nombre de nuestro Redentor y Salvador Jesucristo (que fué consagrada por siete obispos). En ella erigió además del altar principal, otros doce á los lados con el título y reliquias de los apóstoles. Edificó tambien al Septentrión y adherente á la sobredicha, otra iglesia en honor de Santa María siempre virgen, y en ella, á la derecha del altar principal, uno con el título y en honor de San Esteban, y á la izquierda otro con el título y en memoria de San Julián. A la parte occidental de esta casa veneranda edificó el panteón de los reyes; además una tercera basílica en memoria de San Tieso, cuya primorosa obra mas es para admirarla que para tributaria

(1) Prescindiendo del castrojudío guerrero á que el cronista hace referir los que murieron en esta batalla, toda la relacion del suceso está conforme con las historias árabes.

(2) Entendase aqui un gobernador.

(3) Sin duda, alguna de las muchas aldeas que en Asturias llevan la denominacion de Santa Eulalia.

(4) Conga de Ovie.

(5) Lugar, hoy, Oporto, Braga, Viana, Chaves, Lousada; Salamanca, Zamora, Avila, Segovia, Astorga, Leon, Saldaña, Amaya, Simancas, Oca, Alava, Miranda, Almona, Oana, Clunio, Arganza, Sepúlveda. En cuanto á Flavia, Mabe, Velegia, Rebenderam y Carbonaria no nos fué posible encontrar los pueblos á que corresponden.

(6) País de Burgos.

(1) Los sirvos emancipados: los libertos.

eruditas alabanzas en los escritos. También construyó otra iglesia como á un estadio de distancia del palacio, en memoria de San Julian mártir, erigiendo en ella dos altares adornados con admirable arte. Finalmente, hizo los palacios reales, los baños, los archivos, los tribunales, con toda clase de utensilios regios y de gran primor.

22.—El año treinta de su reinado, dos ejércitos de caldeos, cuyos caudillos se llamaban el uno Ahabbez y el otro Meliz (1), que pertenecían á los Abrorexis (2), se dirigieron á Galicia. Acometieron con esfuerzo valor; pero fueron vencidos por otro valor superior; y á un mismo tiempo el uno pereció en el lugar llamado Naharon, y el otro en el río Aneco. Continuando el tiempo de este reinado, llegó cierto varón que había sido ciudadano de Mérida, llamado Mahzmath, huyendo del airado rostro de Abdelrahman, contra el que había sido rebelde largo tiempo, y fué recibido bajo el amparo real y habitó en Galicia siete años. Al octavo reunió un ejército de sarracenos, con el que robó y asoló á sus convicinos, y se situó para defenderse en cierto castillo llamado de Santa Cristina. Tan luego llegó á noticia del rey tan osado proceder, marchó con su ejército y cercó y combatió el castillo que ocupaba Mahzmath, y en el primer combate, este, que era el mas famoso de los guerreros, fué muerto, y su cabeza presentada al rey, que se apoderó del castillo, y allí fueron degollados 50,000 sarracenos que vinieran desde Hispania (3) en socorro del rebelde, con lo que Adefonso volvió felizmente á Ovetto con paz y victoria; así, por espacio de cincuenta y dos años gobernó el reino y vivió casto, sobrio, imaculado, pió, glorioso, amable á los ojos de Dios y de los hombres, y su espíritu glorioso subió al cielo. Su cuerpo fué sepultado con sumptuosas exequias en la mencionada capilla de los reyes, por él fundada, y allí reposa en paz. Era DCCCLXX.

RANIMIRO.

23.—Después de muerto Adefonso fué elegido para reinar Ranimiro, hijo del principe Verecaundo; pero en ocasión que se hallaba en la provincia *Barduliense* con objeto de casarse. Aconteció pues que á causa de su ausencia, Nepotiano, conde del palacio, usurpó tiránicamente el trono. Tan luego llegó á noticia de Ranimiro que su primo Adefonso había muerto, y que Nepotiano invadiera el reino, se dirigió á la ciudad de Lucus, de Galicia, y reunió un ejército. Escaso tiempo pasara cuando entró en Asturias; mas Nepotiano, con una hueste formada de astures y vascos, le salió al encuentro en el río Narrea; pero habiéndole desamparado los suyos, huyó en el instante, y fué apresado por los condes Escipión y Somnau, en el territorio de Pravia; y recibió el castigo que merecía, sacándole los ojos y encerrándole en un monasterio. Algun tiempo después, las armadas de los normanos, desde el Océano Septentrional, llegaron á la ciudad de Gejion, y desde allí se dirigieron al lugar nombrado Faro Brigantino (1); de lo que informado Ranimiro envió contra ellos un ejército con sus duques y condes, que dieron muerte á una multitud, y quemaron varias de sus naves: los que lograron huir acometieron á Hispalia, ciudad de Hispania, se apoderaron de ricos despojos, y dieron muerte con el fuego y el acero á un crecido número de caldeos.

24.—En tanto Ranimiro se veía envuelto en discordias civiles, pues Aldarito, conde del palacio, conspiró contra él; pero fué mandado regar por el mismo rey. Después de Aldarito, otro conde de palacio, llamado Pintolo, hizo armas contra el rey; pero fué muerto, juntamente con sus siete hijos, por mandado de aquel. Sin embargo, el mismo rey edificó en honor de Santa Maria, á la falda del monte



MARTI

(Pintura del techo de la sala de Justicia en la Alhambra.)

Naurancio, y á 2,000 pasos de la ciudad de Ovetto, una bellísima iglesia, toda de cal y canto, de admirable y perfecta arquitectura, decorada con arcos y otros muchos adornos que omitimos, y que hacen tan maravillosa su fábrica, que no es posible se encuentre otra á ella semejante entre todas las de España. También edificó, muy próximos á esta iglesia, palacios y hermosos baños. Dos veces peleó con los sarracenos, y una y otra alcanzó la victoria. Después de un reinado de siete años descanó en paz en Ovetto, con su esposa paterna, en la era DCCCLXXXVIII.

ORDONIO.

25.—Muerto Ranimiro le sucedió en el reino su hijo Ordonio, que fué tan grande y poderoso como modesto. Repobló las ciudades de Tudem, Astories, Lagion y Amaya Patricia, que Adefonso el mayor había conquistado á los caldeos, y que permanecían desiertas. Al

principio de su reinado peleó repetidas veces con los caldeos y triunfó. Llevó su ejército contra los rebeldes vascos, y al tornar á su patria y domicilio, después de haberlos avasallado, le vinieron nuevas que las huestes árabes enemigas salían á su encuentro, y volviendo en el instante el rey su ejército y sus armas contra ellas, las embistió repentinamente y las destruyó con su espada. Mas no debió pasar en silencio lo que sigue, que aconteció positivamente. Muza, que era de origen godo, aunque obsecado en la ley mahometana, inclinado por varios de sus parciales, á quienes los caldeos denominan Benikazi, se rebeló contra el rey de Córdoba y se hizo dueño de muchas de sus ciudades, las unas por las armas y las otras por ardido. Primero tomó á Cesar Augusta, luego á Tulefa y Oaca (2), y últimamente á Toledo, en donde puso por prefecto á su hijo Lupo. Después volvió sus armas contra los francos y galos, y les causó graves estragos, cogiéndoles valeroso botín, y cautivando con astucia á los grandes duques de los francos, Sanción y Epulon, que encerró en una prisión; también se apoderó de dos principales hermanos de los caldeos, uno del linaje de

(1) Los verdaderos nombres de estos generales, segun los cronistas árabes, eran Abd-el-Kerim y Abd-el-Malak.

(2) Sin duda á alguna tribu ó familia que tenía este nombre.

(3) El nombre de Hispania le aplica solo al conquista al país que dominaban los árabes.

(1) La Coruña.

(2) Zamora, Tudela y Huesca.

Alkorexi llamado Ikonamax, y otro muy guerrero que tenía por nombre Alporz, con su hijo Azeth; el uno lo aprisionó Muza; y el otro su hijo Lupó que guerrea en su compañía, y engraido aquel y soberbio con tan señaladas victorias mandó á los suyos le diesen el dictado de *tercer rey de Hispania*.

36.—Contra él fué pues el rey Ordonio con todo su ejército, y se dirigió á la ciudad, que acababa de fortificar con admirable trabajo, y á la que había impuesto el nombre de Albalá (1). Llegó el rey y la cercó con su ejército, mas acudió Muza con multitud innumerable, y plantó sus reales en el monte llamado Laturso. El rey Ordonio dividió entonces su ejército en dos trozos, uno para el cerco de la ciudad y otro para combatir á Muza; en el momento se empujó la batalla y el ejército de Muza fué puesto en fuga. La carnicería fué tal, que sin contar los plebeyos murieron mas de diez mil magnates, juntamente con su yerno Sarceano, y el mismo Muza, herido de tres golpes de espada, huyó casi moribundo, perdiendo muchos trofeos de guerra, y también los presentes que le enviara Carlos, rey de los francos, y nunca mas obtuvo victoria. El verdadero rey Ordonio aproximó todo el ejército á la ciudad, y la tomó al sétimo día. Dió muerte á todos los hombres que tenían las armas, arrasó la ciudad hasta los cimientos, y después de tan gran victoria tornó á sus estados. Lupó, hijo de Muza, que era cónsul de Toledo, tan luego llegó á saber la derrota de

su padre, se humilló y sujetó al rey Ordonio, y permaneció en su obediencia en tanto vivió, y aun concurrió con él á muchas batallas contra los caldeos. El renombreado rey Ordonio conquistó guerreando otras muchas ciudades, entre ellas Cauris (2), cuyo rey, llamado Zeth, aprisionó, y Salmenica, donde quedaron tambien cautivos el rey Moneror y su esposa; dió muerte á todos los combatientes, y llevó esclavos á todos los restantes del pueblo con sus hijos y mujeres.

En aquel tiempo los piratas nodormanos llegaron á nuestras costas. De aquí se dirigieron á Hispania, invadieron en la Mauritania la ciudad de Nazor, destruyeron á sangre y fuego aquellas marinas, y pasaron á cuchillo multitud de caldeos. Por último, acometieron las islas de Majoricam, Fermentellam y Minoricam (3), y las asolaron con la espada. Después invadieron la Grecia, y al cabo de tres años se restituyeron á su patria. Finalmente el rey Ordonio, después de un reinado de diez y seis años, acometido de la enfermedad de gota, murió en Oveto, y fué sepultado con los reyes sus predecesores en la iglesia de Santa Maria. Fué amado del pueblo, alcanzó felicidad en el reino, y feliz descansa en el cielo, gozando en la patria celestial la alegría con los ángeles, mediante Dios Nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina con el padre y el Espíritu Santo en la gloria, por los siglos de los siglos. Amen.



(Pintura del techo de la sala de Justicia en la Alhambra.)

MI TIA MARIA.

El que mas y el que menos de mis lectores tendrá entre sus relaciones de parentesco alguna tia que se llama *Maria*; pero una tia como la mia la tienen pocos, y el que no la conoce, no sabe lo que pierde. Figúrense Vds. á una señora que frisa en la cuarentena de la edad; pero bien conservada, desocla, casi seductora y en estado de hacer honor al nombre de *Maria*, ese nombre que es el mas hermoso de todos los del Calendario. Si, lo declaro con toda la tranquilidad de mi conciencia y no por aspiritu de familia; mi suecucha tia es todavia bastante esbelta y elegante para volver los nascos á media docena de pollitos, y su buen humor es capaz de acabar con el *espín* del gallo mas hipocóndrico y mas rebelde. La infatigable actividad de su vida ha hecho que conserve su rostro la regularidad y la expresion de una economía que siempre fué graciosa, mientras que su afición á la vida doméstica la ha preservado de que el insomnio y el cansancio estampen en su tez la huella de los fatigosos placeres de la vida del gran mundo.

El secreto de su amabilidad proverbial parece que consiste en haber amado toda su vida. Durante toda ella, con la bizarra independen-

cia de un alma pura y elevada, mi tia, como los ángeles, ha osado amar á todos los que ha considerado dignos de tan adorable sentimiento. Jamás se atrevió aquella excelente señora á aprisionar en estrechos y reducidos límites del amor, á esa dulce paloma enviada á los hombres desde el sen del Criador; jamás ligó sus alas inocentes con las severas máximas de una filosofia egoísta; siempre dejó en libertad al tierno pajarillo para que revolotease de corazón en corazón, de pecho en pecho, y siempre lo ha visto volver á su nido puro y contento, alegre y rancoroso. No se vaya á creer por esto que es mi tia una visionaria ó una loca. Es por el contrario, una mujer cuyo corazón y cuya inteligencia están impregnados de una poesía, que es á la vez el buen sentido en toda su sencillez y la razon en su esfera mas elevada.

Después de esta ligera introducción, haré que pueda juzgarse el lector por una carta que escribié para mi sola, y que me entregó la mañana del día en que cumplí 17 años. Una observacion que con el pretencioso aplomo de una colegiala me había permitido hacerla la víspera, sosteniéndola que solo se ama de veras una vez en la vida, y que el primer amor era el único que podía experimentar una mujer, la sugirió la referida epístola, cuyo estilo parecerá un tanto escéntrico y singular; pero que sin quitar ni añadir una coma, es el que usa mi tia en la conversacion y por escrito. Hé aqui la carta:

(1) Caria.

(2) Mallosa, Fermentera y Memoria.

«¡Conque de veras crees, querida Engracia, que sólo puede amar-se una vez? ¡Y cómo tan joven todavía has podido formar esa opinión! Poroso es creer que la boyas adquirido en las novelas y poemas amorosos, no en la experiencia ni menos en la observación; pero como esa manera de pensar puede ser para ti origen de errores y de males sin cuento, estoy resuelta á descubrirte el origen de todos, que es lo mismo que descubrirte y demostrarte el de todas.

«Yo te amado dos veces, querida Engracia; la primera en la alborada de mi inconstante juventud; la segunda en la calma de la edad madura. Recuerdo perfectamente al objeto de mi primer amor. Era los rasgos de su fisonomía sencillos y severos, de una admirable belleza clásica, y parecían estar iluminados por los resplandores de un genio ardiente y ambicioso. La inteligencia brillaba en todas sus facciones; pero notábase al mismo tiempo que no había corazón en aquel hombre; su mirada no tenía la ternura del amor, y todo revelaba en él la viciosidad tranquila, orgullosa y soberana. Su estatura no era muy alta, el cuerpo parecía falta de fuerza y de vigor; pero cuando se revestía del aire altivo y despótico que le era habitual, elevábase sobre mí como un gigante, y mis débiles párpados no podían resistir el fuego de su mirada. Su voz sonora, arevida, imperiosa, me hacía estremecer como el sonido del trueno. Se aparecía rara vez, y no comprendía que nadie pudiera verse, porque despreciaba la sensibilidad y la dulzura de carácter. La vida era á sus ojos un negocio árduo y grave; aspiraba á las distinciones y á los honores; alimentaba su corazón de ambiciosas esperanzas, y hacía alarde de lo que él llamaba «su insensibilidad de hombre.»

«Tal era el que solicitaba, ó mas bien, el que subyugó mi corazón. Con todos los demás había sido yo hasta entonces petulante, caprichosa, instantánea; pero en su presencia estaba sumisa y temblorosa: hasta mi orgullo, esa diadema de la mujer, solía depositarlo á sus pies, porque lo amaba con un amor profundo, ardiente, que me aborrecía á mi misma, y no daba lugar á mi pecho á ningún otro género de sentimiento. La reflexión, la risa y las más dulces afecciones de mi infancia se hallaban subyugadas y paralizadas; morían en el fuego de aquella adoración entusiasta, como muere la mariposa en la perfumada llama de un pebetero. Así como después de haber mirado al sol, la imagen del astro luminoso permanece mucho tiempo delante de tus ojos, del mismo modo á cualquier parte que volvíese yo mis miradas veía brillar delante de ellas la radiante imagen de mi amor. Antes hubiera confiado la Lisis de Moore sus penas al ángel que la amaba, que yo las mías al hombre que solicitaba mi mano. Todavía tiemblo al pensar en la ligereza con que me dejaba arrastrar á aquella ciega idolatría.

«Pero llegó un momento en que un vago temor, un terror que no tiene nombre se apoderó de mi alma. Me asemejava á una persona que está soñando que pasea por el Paraíso, y que sabe sin embargo que sueña; ó á uno que anda sobre una superficie de hielo tan delgada, que siente debajo de sus plantas las ondulaciones y el movimiento de las aguas. Este presentimiento me hacía estremecer al pensar que, la nueva estrella de mi existencia iba á desaparecer, y que el rocío de la mañana de mi vida iba á convertirse en una niebla que el viento había de disipar para siempre.

«Ésta era la voz del ángel de mi guarda que me hablaba al oído. Si, porque has de saber, querida Engracia, que Carlos F... vive todavía, y que no llegamos á casarnos. Si el motivo de nuestro rompimiento hubiera sido sus vicios ó sus defectos, jamás me atrevería á revelarlos, porque el amor, como el sepulcro, cubre con cierto carácter sagrado aun aquellos objetos que después se han hecho indignos de nosotros. Si Carlos hubiera cometido una falta, mi cariño le serviría de escudo; si la sociedad le hubiera expulsado de su seno y renegado de él, mi corazón al menos le hubiera permanecido leal hasta el fin de sus días; pero no, la sociedad le contempla con respetuosa admiración, y este es el objeto de todos sus deseos.

«Poco á poco comencé con dolor que el hombre á quien en mi ceguera había rendido un culto que sólo se debe á Dios, ni me amaba ni podía amarme como yo hubiera querido ser amada. En un principio me contenté con sus obsequiosas admiración; pero en seguida comencé á suspirar por una hermana, que no estaba en su naturaleza consagrada; á anhelar esas dulces expresiones, esas tiernas sonrisas, esos cariñosas cuidados que fueron siempre el pasto del corazón de la mujer desde que Dios la creó amorosa y sumisa al hombre. En fin, vi en Carlos una estatua que desde el pedestal de su grandeza miraba los ojos serenos el amor entusiasta que me había inspirado. Aquel hombre era la encarnación altiva y fría de la inteligencia, y los sentimientos humanos que abrigaba su corazón apenas le bastaban para sí propio. Comencé entonces que el ara nupcial hubiera sido para mí el ara del sacrificio, una fúnebre hoguera en que se habría ahogado todo lo que en mí se ternura no hubiera podido identificarse con la suya; mis gustos y mis dolores, toda mi vida, toda mi individualidad iban, no á mezclarse y unirse con los suyos, sino á confundirse y desaparecer en

él. Conoció que los manantiales de mi corazón se agotarían sin que él pudiera alimentarlos, y que mi alma se convertiría en un desierto, porque él no cuidaría de cultivarla. No quise pues abrazar semejante destino; renuncié á aquel matrimonio, y nos separamos.

«Cuando la muerte nos arrebató el ser que amábamos, el dolor nos estravió y nos abate; pero ¿quién podrá decir lo que se sufre cuando deliberadamente arrancamos de nuestro corazón un amor que se ha adherido como una débil planta al objeto de nuestra pasión? ¿Quién puede describir el tormento que se padece al romper una á una las ramas de la yedra, que llenas todavía de vida se agarran á la robusta encina y se resisten á abandonarlas?

«Corrieron algunos años y amé por segunda vez. ¡Pero cuánto distaba el objeto de mi amor del ídolo de mis primeras ilusiones! Educado venía la seductora dulzura de la mujer á la severa dignidad del hombre; poseía todas las cualidades femeniles, sin ser por eso afeminado. En él la dignidad del hombre no era un manto mezquino en que envolvía su cuerpo para ocultar á los ojos del mundo los harapos que le cubrían, sino la púrpura real que un príncipe lleva sobre sus hombros con gracioso abandono, y al través de la cual se echa de ver la magnificencia y riqueza de sus vestidos. Su entendimiento no se asemejava á una de esas llanuras cultivadas que serían yermos estériles sin el trabajo y el sudor del hombre, sino una de esas fértiles praderas del Mediodía, en que crecen las flores espontáneamente con toda la exuberancia de una poderosa vegetación. Era alto, y no parecía elevarse sobre mí; era hermoso, y en su fisonomía se reflejaba cierta expresión de alegría; si es que puede darse este nombre á la satisfacción que se deja ver en las naturalezas apacibles y tranquilas. Era, en fin, la luz y no el fuego de la inteligencia la que iluminaba su frente.

«La bondad de su corazón le hacía querer de los pobres; la nobleza de su carácter y su vida ejemplar le habían granjeado la admiración de los ricos; todos los hombres de bien le alababan unánimemente; de suerte que mi inflexible amor no era mas que la concentración de los sentimientos de todo el mundo; y sin embargo de esto, pasó mucho tiempo antes de amarnos. El culto de aquel sentimiento divino se abrió lentamente, porque su flor no debía marchitarse jamás. El amor dicen que es la rosa del corazón; pero cuántas veces hacemos del corazón una estufa, para que la rosa florezca mas aprisa. Si se abandonase el capullo al sol de la naturaleza, al rocío de la inocencia y de la verdad, al cuidado de los ángeles, ¿qué placer sería verlo crecer, seguir el desarrollo de sus pétalos, que en cada hora que trascurre recibirá un perfume mas suave, unos matices mas vivos, hasta que por fin se entrebala la rosa con toda la perfección de su incomparable belleza!

«Nuestra vida se vió libre de lo que llaman desgracias, y sin embargo tuvimos nuestros disgustos y nuestras penas; pero no podíamos quejarnos de ellas, pues teníamos el consuelo de sufrirlas juntos. Aquella confianza completa, espontánea y reciproca que nos habíamos llevado al altar, y sin la cual el matrimonio es solo una mentira, no nos abandonó un momento. No vayas á creer por eso que nos adorábamos ciegamente. Conocíamos nuestros reciprocos defectos hasta los mas pequeños; pero á medida que uno de nosotros los descubría en el otro, procuraba cubrirlos con el velo del olvido, arrojaba sobre él el velo argentino de la caridad, y lo encerraba en un santuario impenetrable á las miradas del mundo.

«Para concluir, querida Engracia, voy á decirte á qué comparo yo estos dos amores de mi vida. El primero era una débil prisionera y sometida á su cautiverio, pero aspirando á su antigua libertad y recordando siempre el alegre batir de sus alas indomables; el segundo era una ave mas mansa, que reposaba con gusto en el seno de su dueño, y que repliega sus alas fatigadas con un movimiento imperceptible de placer.»

Así concluí la carta de mi tía María. A pesar de su elocuente sencillez no logró convencerme, porque no podía yo admitir que lo que ella llamaba su primer amor hubiera sido verdaderamente una pasión. No; ella no había llegado bastante cohez del corazón de Carlos para amarlo; si se hubiera casado con él, la hubiera pasado lo que á la ramera de Catón, que al decir de su severo esposo, sólo se atrevía á abrazarlo cuando tronaba. El sentimiento que mi tía experimentaba era admiración, un orgullo satisfecho, un vértigo, todo lo que se quiera, excepto esa esclavitud del alma en que el esclavo adora sus cadenas; esa locura del corazón que el loco prefiere con mucho á la razón.

Si hubiera amado con la ciega idolatría, con el sublime delirio de una mujer, ¿habría podido pensar su amor y pronunciar su separación? Nuestra fortaleza en las cosas del corazón procede casi siempre del orgullo seducido por un desden ó una injuria, y ella ni fué injuriada ni desdenada por Carlos. En cuanto á su segundo amor, nada quiero decirle; pero como no puedo dar el nombre de amor á su primera pasión, estoy en el derecho de permanecer en *status quo* de mis opiniones por ahora.

ENGRACIA GREENWOOD.

LA VACA DE UNA HORTELANA.

Entre la ciudad de Salamanca y la aldea de Cabrerizos se ve al borde del camino un pequeño huerto, rodeado de unas tapias de tierra, y en uno de cuyos ángulos se eleva una pequeña casa cubierta de balago. Esta propiedad, aislada en medio de los campos, estaba ocupada no hace mucho tiempo por el hortelano F., su mujer y su hijo; había además en un establo adyacente a la habitación una gruesa y hermosa vaca, que era hacia mucho tiempo la lechera de la pequeña colonia, y que por su condición apacible se había hecho la favorita de esta familia: se la designaba con el nombre de *Listá*. F. vivía pues perfectamente feliz con su esposa, cavando y reosvando su pedazo de tierra, y la abundancia reinaba en su casa: desgraciadamente, hacia la mitad de marzo de 18... recibió en el pecho un golpe con la pútriga de un carro, y murió algunos días después. La viuda del hortelano, después de esta catástrofe, continuó cultivando su huerto; pero aunque trabajaba por mañana y tarde, aunque se hacía ayudar por su hijo, muy joven aun, que desempeñaba su tarea con el mayor gusto, el huerto no producía tanto como otras veces, y las privaciones sucedieron á la abundancia. Paró principios de febrero, la viuda de F., tenía que pagar una deuda de algunos cientos de reales, y no tenía un cuarto con qué satisfacerla; se vió pues obligada á echar mano de ciertos recursos, y por mucho que le costase, tuvo que resignarse á vender la hermosa vaca que tanto quería. En uno de los últimos días de enero, un carnicero de Salamanca, que pasaba casualmente por allí, se la compró en la cantidad de 550 reales, y la pobre *Listá* tuvo que abandonar el establo que había habitado después de tanto tiempo, para ir al matadero. Mientras tanto, la viuda estaba tan afligida al separarse de esta antigua amiga de su familia, que no quiso verla partir; pero como sabía que no se dejaría conducir fácilmente por un extraño, y como quisiese librarla de los malos tratamientos que su inocuidad podía proporcionarle, mandó á su hijo que la acompañase hasta las inmediaciones del *Rollo*. *Listá* fué pues atada detrás de un carro por su nuevo dueño, y echó á andar. Al cabo de un cuarto de hora, como la vaca se dejase conducir sin resistencia, el carnicero dijo al muchacho que se marchase, y este, después de haber hecho algunas caricias á la desgraciada *Listá*, se volvió, arrojando los ojos en lágrimas; pero el animal, viendo partir al niño, mugió tristemente, se para al instante, se arroja en tierra y se deja arrastrar. El comprador, impaciente al ver que necesitaba tantas ceremonias para conducir una res al matadero, baja de su carro y le administra una vigorosa corrección. El joven no pudo ver sin emoción maltratar de aquel modo á la que había sido tanto tiempo la amiga de la casa; pidió al carnicero que la dejase todavía seguir su carrera, y el animal se volvió á poner en marcha; pero el pobre muchacho lloraba á lágrima viva. Mientras tanto, llegaba á lo alto del *Rollo* una señora joven, seguida á alguna distancia por un criado á caballo, á la vista de la vaca, que marchaba detrás del carro de un carnicero, acompañada del pequeño joven, que se desesperaba: preguntó á este la causa de sus lágrimas, el que, sin dejar de llorar, le contó la muerte de su padre, la triste posición de su madre, y la precisión en que se había visto de deshucarse de *Listá*. La señora se conmovió con las lágrimas de estas pobres gentes, y con la adhesión de la pobre vaca á sus antiguos dueños; rogó al carnicero que se detuviera, y le ofreció dos duros de beneficio si rescindía su contrato; pero nuestro hombre había hecho un excelente negocio, y no quiso por de pronto escuchar nada; sin embargo, cuando la señora le ofreció setecientos reales, consintió en deshucarse del animal. La señora, después de haberse informado de la habitación de la pobre viuda, se llevó al carnicero para pagarle la suma convenida; y una hora más tarde la pobre hortelana vió á su hijo que conducía á su querida *Listá* á su establo, y que lleno de gozo le contaba su feliz encuentro.

Hé aquí una familia, que con un pequeño desprendimiento ha vuelto á la abundancia.

MARTÍN DE AGANDA.

NOVELA ORIGINAL,

POR PABLO GAMBARA.

(Aprobada por el censor.)

V.

CONCLUSION.

A la noche siguiente Martín estaba en el teatro. Se representaba una comedia nueva, de un autor desconocido, y el salón estaba completamente lleno. Por un lado los periodistas, armados de sus lentes, hablaban con sus amigos de la poesía dramática que han asesinado,

y se disponían á sacrificar á un chiste el porvenir literaria del joven autor, ó á oponerle al de otro autor amado ya, encendiendo esos celos que esclavizan la libertad á los editores y empresarios. Cuál no hablaba, porque no había tenido tiempo de estudiar en su casa algunas buenas expresiones, y cuál reía muy alto para que los concurrentes le mirasen y admirasen su bella figura y elegante traje. Alguno hacía señas á sus jóvenes de un palco, disimulando, no que se hacía, sino que deseaba que todos lo notasen, y muchos se entretenían en pasar revista al salón y contar la crónica escandalosa de nuestra sociedad. En la mayor parte de lo que hablaban mentaban ¡imbéciles! ¿Qué podían ocurrir más horrible que la vejez? Solo atendían al espectáculo algunos honrados hijos del pueblo, que porque usan sombrero y levita se creen de la clase media, como porque hablan creen que piensan; gentes que van al teatro una vez al año y cuentan la función á sus hijos y á sus vecinos, algunos forasteros y algunos artesanos. Los demás habían ido al teatro como á un salón de baile, á pretender un destino, á comenzar ó seguir una intriga amorosa, á darse tono, á hacerse amigos, á seguir la costumbre ó á pasar el tiempo. Los que atendían eran los pollos de la sociedad.

Era aquel el tiempo del romanticismo, el destello que tras tan largo tiempo de reposo dió nuestra poesía dramática, reflejo de otra nación, de la cual nos hemos constituido en espejo. Entonces el público aplaudía el *Angulo*, el *Hernani*, *Antony*, *Catalina Ovar* y *Margarita de Borgoña*, en que se ha tratado de inverosímil lo histórico, y no se ha parado la atención en lo que se opone á la historia. Nuestros poetas seguían el mismo camino, y estudiando las obras francesas y las inglesas y alemanas, de quienes aquellas eran hijas, y adorándolas con nuestra oriental galantería, escribían *Los amantes de Teruel*, *Doña Mencía*, *Don Alvaro*, *La corte del Buen-Retiro* y tantas otras. En aquella escuela se formaron los poetas dramáticos que hoy nos quedan. Después ha venido la crítica, que en general ha querido seguir el camino de Figaro, sin tener su talento; ha recordado los dramas, los ha limado, ha preferido lo bonito á lo sublime, y reduciendo la gótica catedral á la capilla de estoto. Es desgracia nuestra, ó mas bien falta de reflexión. Con la erudición seguimos en capullo nuestra poesía lírica, la poesía de los romances; con la erudición seguimos nuestro teatro en el siglo pasado, y con la erudición le queremos seguir ahora cuando empezaba á retroceder. ¿Creen los que á esto contribuyen que será inmortal nuestra literatura cuando sea una copia exacta de la griega? No: si un día España llega á ser solo un nombre en la historia; si al castellano pasa á ser una lengua sabia, las naciones que la sobrevivían buscarán en los griegos la literatura griega, y en los españoles la española, no la copia de los griegos. Si Murillo y Velazquez se hubieran contentado con copiar á Rafael, estarían olvidados. El *Quijote*, escrito sin modelo, será inmortal, mientras *Persiles y Sigismunda*, escrita con mas cuidado y á imitación de *Teágenes y Caricles*, solo se conserva por la perezosa de su estilo y ser obra de Cervantes.

El drama que se representaba aquella noche se llamaba *El Trovador*, y fué tal el interés que inspiró, que aun los mas elegantes le escucharon en silencio, aplaudiendo con entusiasmo, y pidiendo al final que se presentase el autor; honra que hasta entonces no se había dispensado nunca, y que por lo tanto tenía un precio que hoy ha perdido como las grandes cruces. El autor debió quedar satisfecho, y de seguro tuvo un momento en que dió por bien empleados todos los tormentos que le costó el ser admitido en el teatro.

Martín aplaudió como los demás, y ya se retiraba, cuando sintió que le asían del brazo con fuerza, se volvió, y vió á D. Santiaguillo que le dijo: Escuche V.

—¿Qué quiere V. dijo Martín disgustado de hallarse detenido por un hombre que le fastidiaba.

—Padre á V. cuents de lo que dijo ayer de mí.

—Yo... juro á V. que no me acordé...

—No lo niegue V. Lo sé de buena tinta: dijo V. que yo era un necio, y vengo á pedir á V. una satisfacción.

Ya un carro de curiosos había cercado á los dos interlocutores, y se aplaudía al insolente y se mofaba del que tenía razón, tratándole benignamente de cobarde. Martín probó aun una vez.

—Ya he dicho á V., dijo, que le han engañado, mas...

—Se retracta V. por cobardía, gritó Santiago.

—Silencio! exclamó Martín con voz imperiosa. Ya he dicho á V. que le han engañado en decir que he llamado á V. necio; pero no le hubieran engañado si le hubieran dicho que pienso eso de V.

—Piensa V....

—¿Qué es V. un necio y un insolente.

D. Santiaguillo quiso acometer á Martín, que le esperaba sereno; pero varias gentes se interpusieron, y solo pudo gritar desde lejos:

—Nos volveremos á ver.

—Cuando V. guste, respondió Martín, y se dirigió á su casa.

Aquella misma noche vinieron á buscarle los padrinos de D. San-

lagaño, y al día siguiente se verificó el duelo, quedando herido Martín, que no sabía manejar las armas, pues su padre, falta de dinero para ponerle á aprenderlas, le había consolado, convenciéndole de que el hombre que á nadie insulta nada tiene que temer.

D. Santiaguito se marchó con sus padrinos, y los suyos trasportaron á Martín á su casa.

Todo el día le pasó en un horrible delirio. Sus pensamientos fijos se desenvolvían con mas fuerza, merced á la excitación de sus nervios, y su lengua mormuraba raciocinios enteros, cuestiones inmensas que no eran sino recuerdos de sus pensamientos anteriores.

—Si, decía, el oro y solo el oro. ¿Qué importa cómo se ha adquirido? Y dicen que en nuestro siglo el talento es el rey!... no; lo era cuando un conquistador respetaba una ciudad, porque un genio se la honraba, como Dios respetaba los pueblos en que florecían diez justos... El talento domina ahora como ha dominado siempre... es una fuerza que domina las fuerzas inferiores, y que la sociedad quisiera debilitar; pero no, la sociedad le respeta... ¿En qué consiste el talento? En conseguir el fin... en saber aprovechar las circunstancias: el talento en nuestro siglo consiste en saber obtener una gran fortuna. En otro tiempo, en el principio de la sociedad, todas las fortunas eran iguales. El que se apoderó de las fortunas de los otros tenía sin duda mas talento que ellos. El que engaña tiene siempre mas talento que el engañado; y cuando el que engaña tiene bastante destreza para hacerlo impunemente, la sociedad le respeta, porque la ha vencido, como respetamos á un atleta que nos derriba; ¿qué hemos de hacer contra él? Luego caía en una especie de letargo, que le servía de sueño.

Al segundo día por la mañana sus ideas estaban mas claras, y aunque aun le abrasaba la fiebre, el delirio habia cesado, y podía conocer á los que le rodeaban. El primer rostro que vió fué el de Margarita. Cuando todos abandonaban á su amado, ella venia á sostenerle y á cubrirle con su amor... ¿Por qué nunca nos ama tanto una mujer como cuando padecemos? Funda quizá en esto su orgullo. Hay muchas mujeres que os estarán siempre unidas si las deis cuando intenten separarse de vosotros:—Me abandonas en la hora de la desgracia!

Vuelto Martín á su amada, la asió la mano con dificultad y la dijo:

—Tú aquí!

—He sabido tu desgracia, y he venido á envidarte.

Martín procuró, aunque en vano, besarla la mano; Margarita miró á todos lados si estaban solos, y luego le besó en la frente.

—Oh, cuánto te amo ahora! dijo Martín.

—¿Por qué no ha sido así siempre? dijo Margarita enjugando una lágrima; ni tú estarías herido, ni yo...

—¿Sabes por qué me he batido?

—Lo adivino por las consecuencias.

—¿Cuáles?

—Tu adversario ostentaba ayer una carta de... esa mujer á quien tú...

—Me insultó por celos!

—La carta le ofrecía hacerle feliz si te mataba...

—Debía esperar; sé de ella un secreto terrible, de esos secretos que matan á los que los posee. ¿Y él... habrá sido feliz?...

Margarita suspiró, miró tristemente á Martín y las lágrimas corrieron de sus ojos; después dijo:—No, la carta era falsa. Una criada, enamorada de él sin duda, la había fingido. Cuando se presentó á pedir el premio merecido, la criada le dijo que esperase en el jardín á cierta hora de la noche y subiese cuando una mujer le hiciese señas con un pañuelo blanco desde una ventana; en la escalera, que estaba á oscuras, una mano de mujer le guió hasta una sala oscura tambien, y allí en voz muy baja y trémula le dijo: que la vergüenza no la permitía traer luz, pero que le amaba y era suya. Entraron con luces varios criados, y D. Fernando, que por casualidad pasó por allí para ir á la biblioteca. La criada le confesó todo, y tu rival ha tenido que sufrir las burlas de sus amigos... No empaba ninguna nube la reputación de esa mujer... aun puedes amarla...

—¡Yo! exclamó Martín; no, jamás! Puede adorar al ídolo cuando le creía descendido del cielo; pero le desprecio desde que habiéndole tocado, he visto que es de barro y aleno. ¿Crees que yo he tomado por verdad esa comedia? Cristina ha comprado el honor de su criada para remendar el suyo... Todo se compra y se vende... Engañará á todo el mundo; pero no á mí que la conozco demasiado...

—¿Qué quieres decir?

—Nada: hay cosas que manchan el oído de quien las oye, y la imaginación de quien las comprende... Desde hoy te amaré siempre y solo á ti.

Efectivamente, desde aquel día Martín solo se dedicó al cultivo de aquella humilde violeta, que oculta entre sus hojas era desconocida á la serpiente, y no habia recibido en su cáliz el veneno.

La herida le detuvo en la cama cinco meses, y Margarita siempre á su lado, como el ángel de su guarda, compartió todos sus

dolores con la ternura de una madre. Le habia cedido su corazón.

Cuando empezaba á salir de casa recibió la noticia de que era heredero de un hombre muy rico que tenía en América y que se murió con oportunidad. Al menos esta fué la razon que se dió al mundo de la inesperada riqueza de Martín. Algunas personas murmuraban sin embargo, que esas herencias solo en las novelas se hallan tan á tiempo, y que aquella se habia fabricado por una sociedad de petardistas, ladrones, etc., que formaban una especie de masonería con el objeto de enriquecerse. Yo no trataré de destruir estas murmuraciones; la creacion de dicha sociedad no es imposible en nuestro tiempo; pero tampoco lo es que un hombre se enriquezca en Indias y se muera de indigestion. El lector puede pues opinar como mejor le pareciere.

En cuanto Martín se vió rico, es decir, cuando se vió dueño de una posición estable y con el porvenir tan asegurado como puede estarlo el de un hombre, se casó con la hermosa Margarita, á quien no llevó nunca al mundo, temiendo que su atmósfera la corrompiese. Algunas veces veía en el teatro á Cristina y á D. Fernando, y oia decir á algunos:—¿Eh ahí una mujer de quien nada se dice. (Cuando uno dice: de esa mujer no se dice nada, se sobreentiende *nada malo*.) Martín se sonreía. En cambio en casa de Cristina se decía mucho de Margarita.

Una noche, un antiguo conocido vió á Martín y le preguntó:

—¿Conque te has casado?

—Si, respondió Martín; estaba algo escaso, y mi mujer llevaba en dote 20,000 duros.

—Diablo! sabes vivir, dijo el amigo; si tu mujer tiene una hermana, ya sabes que estoy soltero.

Si Martín hubiera dicho que él era rico y se casaba con una pobre, se hubieran mudado de él; pero habia hecho lo contrario. La sociedad perdona una infamia mejor que una buena accion. La moral de la sociedad son las formas.

EN UN ALBUM.

¿Qué es nuestra vida? Un árido desierto
Donde un veneno por acaso brota
De sus arenas en el campo muerto,
Que antes que alivie nuestra sed, se agota.
Engañoso el placer, el pesar cierto
Solo encontramos en su senda ignota;
Y dicho es el que al fin de la jornada
Vuelve inocente á la primer morada.

GAVISO TEJADO.

No mas amor: la dicha de mi mente,
las dulces ilusiones de mi vida
murieron, como muere en un torrente
una flor de su tallo despreñida.

P. CALVO ASENSIO.

Un mal pintor de brocha gorda, queriendo adquirir fama de hábil en su arte, siempre andaba diciendo que queria mandar blanquear su sala para pintarla luego: oyéndolo uno que la conocia, le dijo:

—Créame V., lo mejor será que V. pinte su sala, y la mande blanquear después.

FORMAR LOS NOMBRES DE DOS FLORES CON LAS DOCE LETRAS SIGUIENTES.

A	I	P	L	O	A
A	L	L	M	E	A

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del Semanario é Instruccion, á cargo de D. G. Alhambra.